

Juan Luis Sariego y su contribución a la formación de investigadores en el norte de México. Una visita a mis recuerdos de estudiante

Enrique Soto Aguirre
Centro INAH-Baja California Ensenada

Introducción

En junio de 1990 terminé mis estudios de preparatoria con la firme intención de viajar al Distrito Federal para iniciar los propios en el ámbito de la arqueología, una disciplina que atrajo mi atención desde muy temprana edad. Los últimos días de la prepa, escuche a unos compañeros hablar de la fundación de una escuela de arqueología que la Universidad Autónoma de Chihuahua abriría en nuestra ciudad. Aunque mis intenciones ya estaban establecidas me di a la tarea de averiguar dónde estaría dicha escuela y cuáles eran sus planes de estudio.

Un día de junio del '90, paseando por el centro de la ciudad me enteré que en efecto dicha escuela iniciaría actividades en la ciudad y sus instalaciones serían ubicadas a unas cuadras de donde yo andaba caminando, me di entonces a la tarea de conocerla. Debo decir que al entrar a la casa donde se instaló la escuela mi primera impresión no fue la mejor. La pequeña edificación, una casa antigua con un patio central, de las pocas que quedaban de los principios de la ciudad, se encontraba en obra. Algunas pocas personas -hombres y mujeres sin pinta de ser trabajadores de la construcción- se daban a la tarea de realizar trabajos de pintura y albañilería en general; algunos de ellos con un rostro no muy convencido de lo que hacían, pero muy comprometidos con el futuro de aquella aventura.

En el salón principal se concentraba una gran actividad, cuando entré una persona muy amable me pidió que hiciera a

un lado una silla y me sentará, que en la primera oportunidad alguien se desocuparía para atenderme. El ambiente en el salón era más bien extraño, diferente a otros lugares en la ciudad; aunque todos los ahí presentes hablaban español, sus tonos no eran todos chihuahuenses, salvo dos personas, por ahí se distinguía una argentina, un peruano, y un español. Este último fue quien se animó a dejar su quehacer y atenderme. Vestido en mangas de camisa y pantalón de mezclilla, aquel pintor bajó de su escalera y me preguntó en un tono muy español, con una voz más bien rasposa: “¿qué has oído hablar tú de la antropología?”, grande fue mi sorpresa al darme cuenta de que quien pintaba el techo de la casa no era un pintor sino el maestro Juan Luis Sariego y quienes le acompañaban tampoco tenía que ver con la construcción sino con la antropología y la historia que en esos días iniciaba a escribir un nuevo capítulo en el Norte de México.

La formación de la ENAH-Chihuahua

A finales de la década de los ochenta del siglo pasado, el panorama de la antropología en el estado de Chihuahua presentaba una realidad sumamente desértica. En el pasado, el estado de Chihuahua y predominantemente la región que comprende la Sierra Tarahumara había llamado la atención de exploradores, viajeros y antropólogos que hicieron de estas tierras su lugar predilecto para investigaciones. Las descripciones del explorador noruego Carl Lumholtz, de los norteamericanos Wendell Bennett, Robert Zing y John Kennedy entre otros describieron esta región e etnografía que se volvieron clásicas en las primeras décadas del siglo pasado. Décadas después los trabajos de antropólogos mexicanos y extranjeros como Luis González, Françoise Lartigue y Françoise Batan, dieron un nuevo aire a la antropología practicada en Chihuahua, que sin embargo no iba más allá de la misma región tarahumara descrita anteriormente.

La producción antropológica incluso en la Sierra Tarahumara se ralentizó hasta finales de la década de los ochenta que estos antropólogos empezaron a mirar de nuevo hacia esta tierra; entre este contingente se encontraban algunos locales que habían salido a estudiar la disciplina en alguna de las opciones que el centro del país brindaba, especialmente la Escuela Nacional de Antropología y la Universidad Iberoamericana. Entre el grupo de antropólogos que fijaron su mirada en estas tierras



Imagen 10. Reconocimiento como Profesor Investigador Emérito del INAH, entregado por el Director General del Instituto Sergio Raúl Arroyo García. Febrero 2013.



se encontraban dos buenos amigos cuyo proyecto iba más allá de la mera investigación antropológica, estos dos antropólogos fueron Juan Luis Sariego Rodríguez y Augusto Urteaga Castro Pozo quienes llegaron como investigadores de base del Centro INAH Chihuahua, el cual por cierto, no contaba hasta ese momento con investigadores de base en antropología social.

Juan Luis Sariego, un actor fundamental en la constitución de la ENAH-Chihuahua

El proyecto fuerte entre quienes llegaron por ese tiempo a la ciudad de Chihuahua fue la construcción de un centro formativo en antropología social llamada Escuela Nacional de Antropología e Historia Unidad Chihuahua (ahora EAHNM), cuyo objeto de análisis fuera preponderantemente el norte de México en general y el estado de Chihuahua en particular. A los citados Juan Luis Sariego+ y Augusto Urteaga+ acompañaron en la aventura un grupo de talentosos y entusiastas antropólogos entre quienes se encontraban Margarita Urias+ quien fuera la primera directora de la recién creada ENAH-Chihuahua, Luis Reygadas, Sofía y Lourdes Pérez, Martha Tello, Víctor Quintana, Elsa Rodríguez, Gabriel Borunda y otros que escapan a mi mente.

El principal objetivo de este proyecto según explicaba orgulloso el propio Juan Luis Sariego, era formar antropólogos del norte de México, especialistas en el norte de México, que pudieran explicar la realidad de la región desde una perspectiva diferente a la tradicionalmente usada, es decir, no tratar de explicar esta región desde el centro del país, sino desde una perspectiva transversal regional que tomara en cuenta las relaciones históricas de la región que se habían tejido de este a oeste y de norte de México a sur de Estados Unidos pues esto daba los elementos para entender la región sociopolítica económica y culturalmente.

Aunque todos los antropólogos comprometidos en el proyecto inicial tuvieron un papel decisivo para que la escuela ini-

ciara, ya sea dando clases o dirigiendo tesis, poco a poco los intereses particulares de cada uno pesaron sobre el proyecto de escuela, aunque seguían comprometidos a distancia. Sin embargo, fue uno de ellos quien arropó férreamente y se comprometió a consolidar la Escuela Nacional de Antropología e Historia Unidad Chihuahua, y fue nuestro querido maestro Juan Luis Sariego, quien dedicó los últimos veinticinco años de su vida a la formación de profesionales en la antropología del norte de México desde esta institución.

El maestro Sariego como cariñosamente se le conocía, solía encontrarse con los alumnos desde los primeros días de su llegada a la escuela, los atendía en las entrevistas de ingreso, daba su curso introductorio a la antropología como parte del curso propedéutico y al iniciar el semestre, se encargaba de nuevo de los primeros cursos de antropología social, esta labor que parece nimia en realidad fue preponderante en la decisión de cientos de estudiantes que aprendimos en sus cursos la pasión por esta disciplina.

Otro momento en que su figura tomaba especial relevancia en la formación del estudiante tenía lugar al final del segundo semestre, cuando se asistía al primer trabajo de campo guiado; en este momento, el estudiante se encontraba de frente a la otredad de la mano del maestro. El momento era aprovechado por el maestro para explicar a sus estudiantes algunas especificidades de una tierra que el conocía como si hubiera vivido ahí todo su vida. Además de ello, gustaba de llevar la teoría a la realidad, todos quienes tuvimos la fortuna de haberlo acompañado a la Tarahumara recordamos ese punto en la carretera enfrente del Cerro del Mohinora en Guerrero, justo donde termina el valle e inicia la sierra donde gustaba pararse y explicar cómo, desde ese punto es claro porqué inició la revolución en México, pero además cómo en ese punto exactamente es un lugar propicio para explicar algunos de los postulados de la ecología cultural, perspectiva antropológica desde la que fueron explicados los fenómenos culturales de la región serrana.

Al llegar al lugar de estudio, hacía otra pausa y explicaba a grandes rasgos las divisiones sociales de la comunidad, sus principales conflictos y sus actores relevantes y explicaba muy a su manera el principio básico del quehacer antropológico, de la etnografía: “mira –solía decir- nosotros tenemos que ir con la gente, desmenuzar las cosas, entenderlas de manera compleja, los números nos ayudan pero no resuelven nuestras dudas, nosotros a diferencia de otras disciplinas tejemos fina mano, hacemos la filigrana, por eso hay que estar aquí bastante tiempo y conocer a la gente, nuestras explicaciones sin gente no explican nada, entiéndelo bien, ándale pues vete a conocer el pueblo, por la tarde hablamos...”

Para Juan Luis, Chihuahua y el norte de México en general eran un lugar idóneo para la investigación social. Ese fue en gran parte el punto de partida y justificación de la escuela. A inicios de la década de los noventa el estado sufría grandes cambios y transformaciones en su conformación social, econó-



Imagen 11. Trabajo de campo con alumnos de la ENAH Chihuahua y de la Universidad de Guadalajara, camino a Batopilas 2002.

mica, política, cultural y demográfica. Esto le convenía de que la investigación antropológica debía incluir además de los estudios tradicionales sobre los grupos indígenas de la Sierra, investigación sobre las nuevas realidades sociales, especialmente lo referente a la reorganización industrial y sus efectos tanto en los ámbitos urbanos como rurales; la transformación del campo; las oleadas de migrantes en busca de trabajo; la reorganización de sectores tradicionales en el estado como la minería, la fruticultura y la ganadería y la situación de etnias invisibilizadas por la academia y que ocupaban la geografía del estado como el caso de los menonitas.

Cada una de estas nuevas realidades del norte mexicano, eran retomadas en sus clases de metodología de investigación, donde uno realizaba su proyecto de tesis. En las clases abonaba sobre los problemas, uno de ellos era la reorganización industrial vía la industria maquiladora: “la maquila está trayendo nuevas formas de trabajo y de organización de los trabajadores, la entrada masiva de mujeres al trabajo asalariado implica modificaciones no sólo en la división tradicional del trabajo en la familia y en los roles de género genera importantes cambios culturales, desde aquí fuera no lo percibimos pero ahí dentro de las plantas tenemos la tecnología más avanzada a veces manejada por trabajadores de escasa preparación académica...”.

Otro problema fundamental se constituía por uno de los temas que sin duda más le apasionaba, la minería. En sus últimas entradas a las minas le fascinaba el cambio en los roles de género y la flexibilización de los mitos a que había conducido la última reorganización del sector: “para los viejos mineros hay cosas que no son concebibles, una de ellas es la entrada de las mujeres al tiro, los viejos dicen que la mina es mujer y desde luego es celosa, si una mujer entra en la mina le enfurecerá y se sufrirán las consecuencias a veces en formas fatales. Estos mitos se están haciendo viejos, si te fijas bien, en las minas ahora vas a encontrar muchas muchachas manejando los yucles (euclids) si sabes qué es eso, los yucles son esos dompes grandes que sacan el material de la mina, pues esos camiones ahora son manejados por jovencitas, y esas jovencitas son las que ves defendiéndose en el sindicato y con los patrones y no le tiene miedo a la mina, bajan lo mismo que tiene que bajar un hombre, quinientos o mil metros...”.

Desde luego las injusticias e iniquidades de esta reorganización no escapaban a sus ojos y muchas de estas realidades le entristecían, como lo sucedido en Pasta de Conchos o en Cananea, a donde gustaba de ir frecuentemente y donde conoció a las mujeres de los trabajadores caídos.

Un tema que abarcó una buena parte de su atención durante sus últimos años fue la tenencia de la tierra en la Sierra Tarahumara y en especial entre los rarámuri. En alguna visita a su casa me explicó algunos de sus hallazgos. Al calor del segundo tequila, extendió unos planos de algunos ejidos de la Sierra: “mira, la cuestión es que a la gente se le dificulta entender que la propiedad de la tierra entre los rarámuri no es comunal, es pri-

vada. Los trabajos y los sistemas de solidaridad son comunales pero cada quien tiene lo que tiene. La otra cuestión es que ellos tiene su propia organización de la propiedad, que la mayoría de las veces no coincide con los criterio geopolíticos impuestos, uno puede tener aquí un maguechi y tener otro en otro ejido, los tipos no pertenecen sólo a un ejido, ellos se mueven de otras formas y atienden a sus formas de gobierno tradicional, esto hace que los límites no coincidan, por eso si tú vas al INEGI o a cualquier otra institución, sus números nunca les cuadran, porque les han impuesto divisiones que a ellos no les sirven, aunque tampoco les molestan”. Su explicación de este fenómeno es muy amplia y espero haya podido cristalizar algunos productos académicos al respecto.

Desde el inicio de la escuela, el maestro Juan Luis buscó establecer una serie de relaciones con las instituciones públicas y privadas del Estado y de otros estados del norte, generando proyectos en los que involucraba al alumnado. Uno de esos primeros proyectos de investigación se relacionaba con un tema de gran interés para él, este fue el “Proyecto de la Macroplaza de la ciudad de Chihuahua” iniciado por el Gobierno del Estado en 1990, justo en el momento en que inició la primera generación de la escuela; en este proyecto se realizó una etnografía completa del centro de la ciudad que incluyó un análisis de la situación del llamado comercio informal en esa zona y propuestas al respecto. Aunque insistió mucho en algunos de nosotros, de este proyecto no se cristalizó ninguna tesis, aunque la información obtenida fue de gran ayuda en la elaboración de tesis referentes a la ciudad de Chihuahua.

Este proyecto y muchos más que emprendió fueron de gran ayuda para posicionar la escuela como un semillero de investigadores y de trabajadores para instituciones dedicadas a las distintas problemáticas sociales tanto en Chihuahua como en otros estados del norte.

Breves conclusiones

Todos estos trabajos y muchos más dan cuenta de la relevancia que tuvo el Dr. Juan Luis Sariego en la formación de investigadores sociales en muy variados campos de la investigación antropológica. Su visión de un centro formador de antropólogos se enfocaba sobre todo en la preparación de profesionales de la antropología aplicada. Si dejar de lado la importancia de la producción teórica hacía siempre énfasis en que México requería antropólogos preocupados por proveer insumos académicos desde los cuales se pudieran construir o modificar los planes y proyectos aplicados en las comunidades donde uno trabajara, aportando siempre una visión compleja de las problemáticas sustentada en la realidad de los sujetos que el etnógrafo recoge en el contacto directo con las comunidades. Por esta gran herencia, descanse en paz, maestro Juan Luis Sariego Rodríguez.

